

Por la autora de *PALMERAS EN LA NIEVE*

LUZ GABÁS CORAZÓN DE ORO



Luz Gabás



Corazón de oro

Diciembre de 1848 llegaba a su fin y el invierno todavía no había envuelto con su gélido abrazo ni las tierras de Pasolobino, en el corazón de las montañas más altas del Pirineo español, ni el ánimo de sus habitantes.

Las cumbres no se habían encasquetado sus gorras blancas y el sol no había atenuado su brillo como cuando pretendía anunciar precipitaciones.

Las vacas, con las ubres cargadas de leche, aún se entretenían por los prados. Pacían las últimas hierbas a las que el cálido otoño había perdonado la vida o, tumbadas plácidamente, observaban, sin dejar de rumiar, el merodeo de los cuervos y el trajín de las gallinas sobre la tierra suelta de los montículos levantados por los topos.

Las familias aprovechaban el buen tiempo para sustituir con calma maderos podridos de las armaduras de los tejados y ajustar las losas de pizarra sobre la tablazón allí donde se formaba una gotera; rejuntaban y encalaban las fachadas de viviendas, bordas y cobertizos; y pintaban los zócalos de patios y escaleras con la arcilla gris del lecho del barranco. Establos, pocilgas y gallineros estaban limpios, porque los animales apenas pasaban dentro unas horas, y bien ventilados, porque no había que cerrar los postigos por la noche para frenar el viento glacial del norte.

Los árboles lucían podados, con los separados muño-

nes donde antes había gruesas ramas en dirección al benévolo cielo; en los leñeros ordenados con paciencia ancestral no cabía ni el palo más fino; los conejos se hartaban de roer hojas de fresno; en los huertos, las coles seguían engordando a la espera del manto de nieve bajo el que hibernar; y todavía aparecía alguna seta por los bosques de pinos.

Desde hacía semanas, los pajaros rebosaban de forraje para alimentar al ganado cuando hubiera de ser estabulado; y las oscuras y húmedas bodegas, de patatas, aceite y vino. En las despensas, donde el dulce aroma de las manzanas se mezclaba con el más intenso de las cebollas, el anís, la canela y el pimentón, se disponían con mimo los tarros de frutos secos, mermelada y licor de frambuesas, las tinajas y vasijas con adobo, manteca, sebo y miel y los sacos de trigo, centeno y judías secas bajo los ganchos de los que colgaban los pernils de cerdo y de vaca y los embutidos de la última matacía.

«Luego faltará el agua», decían los ancianos, que conocían bien las consecuencias de todas las anomalías climatológicas. «Ojalá aguante sin nevar hasta finales de enero, que el día es más largo», deseaban las mujeres, que otros años para esas mismas fechas tenían las manos maltrechas por los sabañones de tanto lavar ropa o vísceras de animales en la corriente helada del río.

Lorién compartía la inusual serenidad y sosiego de familiares y vecinos de un lugar marcado por el frío y la perenne preocupación por la calidad de las cosechas, la crianza del ganado, la enfermedad y los conflictos políticos más allá del valle que provocaban discusiones tanto o más acaloradas que las surgidas por las lindes de una finca, las envidias o los odios heredados. Tenía, además, un motivo poderoso para sentirse feliz y satisfecho: al día siguiente almorzaría con sus padres en la casa de su prome-

tida para fijar la fecha de la boda y zanjar las últimas cuestiones económicas. Como segundo hijo varón de la familia, no tenía derecho sobre el patrimonio familiar de su casa natal, prácticamente gestionado ya por su hermano mayor, Raymundo, casado hacía dos años; aun así aportaría algún buen predio de dote a la propiedad de su novia, Marot, que era hija única. Podrían vivir ambos con holgura y fundar una familia de dos o tres hijos, según sus cálculos.

Lorién se consideraba un joven fuerte, trabajador, optimista, responsable y previsor, cualidades que, unidas al hecho de pertenecer a una «buena familia», tal y como se entendía en la sociedad en la que vivía —una familia honrada, instruida, de nobles principios y buenos modales, aunque no muy rica—, le habían servido para que los padres de Marot aceptaran el enlace sin dudar. Sus propios padres tampoco podían ocultar su contento porque hubiese conseguido un buen matrimonio. Y a su hermano Raymundo, con quien se llevaba muy bien, le reconfortaba que ambos vivieran en Pasolobino y pudieran ayudarse en caso de necesidad.

A sus veinte años, quizá Lorién fuera un poco joven para dar un paso tan importante, encargarse de una gran heredad y enfrentarse a decisiones y desvelos. Incluso para atarse a una rutina conocida. Su única experiencia en la vida tenía que ver con la tierra y el ganado. No conocía ni el lujo ni la miseria, dos extremos inexistentes en Pasolobino. Ni siquiera había cumplido con su obligación militar, porque, aunque le había tocado la suerte de soldado en la quinta de ese año, su padre, ante el riesgo de que muriera o regresara lisiado, había hipotecado una finca para pagar a un sustituto.

Algunas veces, cuando escuchaba historias de gente que había podido viajar y ver mundo, Lorién sentía un latido de curiosidad en sus entrañas. Décadas atrás, varios

jóvenes del valle se habían enrolado en el ejército y habían participado en las guerras de independencia de las antiguas provincias españolas en América y después en la guerra contra Napoleón. Más de uno había llegado a ocupar un puesto importante en la política regional o incluso nacional, con el consiguiente prestigio para su casa, aunque a costa de perder su relación directa con Pasolobino por culpa de las obligaciones. Sus historias le resultaban admirables e inspiradoras; pero si algo no podría soportar Lorién, por mucho que viajara a lugares exóticos con su imaginación, estimulada por narraciones orales o a través de libros de viajes y hazañas de exploradores y conquistadores que tanto le gustaban, y que había descubierto gracias al maestro de su infancia, sería tener que vivir lejos de aquel paisaje que tan bien conocía y que amaba, donde residían todos sus seres queridos. Una cosa era una estancia más o menos larga en el mundo exterior y otra desligarse para siempre de sus raíces.

Sí, tal vez fuera un poco joven; pero sabía sacudirse las dudas como si fueran molestas pulgas. Y, en cualquier caso, su decisión estaba tomada. En pocos meses se casaría con Marot, de quien estaba enamorado desde que era un adolescente. No podía sentirse más agradecido por su fortuna.

Con el estómago complacido por la opípara cena que su madre había preparado para despedir el año y una sonrisa en el rostro, Lorién enfiló la calle que atravesaba el pueblo de la parte más alta hasta la más baja. Por primera vez desde que tenía memoria recorría en esas fechas el solitario trayecto sin que el calzado se le manchase de barro o nieve sucia de tierra o estiércol. El buen tiempo había alargado la aplicación de la ordenanza municipal que obligaba a los vecinos a barrer su trozo de calle los miércoles y sábados, y era una suerte, pues llevaba las botas nue-

vas que le había traído su padre de Francia la pasada primavera. Las trataba como lo que eran: su bien máspreciado. De caña alta y piel fina, se le pegaban a la pierna de modo que el pantalón caía por fuera sin engancharse; y las enceraba una vez por semana, aunque solo se las hubiera puesto en otras tres ocasiones importantes en todos esos meses: la misa de la fiesta mayor, en agosto; el funeral de su abuelo paterno, en octubre; y la tarde que, en ausencia de sus padres, Marot lo invitó a su casa. Sonrió al recordar lo difícil que resultó colarse en su dormitorio a escondidas de vecinos y criadas y lo placenteras que fueron las horas que compartieron en el lecho de cuya blandura y calidez pronto disfrutaría todas las noches de su vida.

Hacia la mitad del trayecto, se adentró en el callejón donde estaba la taberna en la que solía juntarse con su cuadrilla.

Iba mentalmente preparado para que bromearan sobre su futuro como hombre casado. Le tocaría escuchar las mismas sentencias que él había dedicado a su hermano mayor y a otros amigos que habían pasado por el altar: «Se acabó la libertad»; «no podrás dar un paso sin rendir cuentas a tu esposa»; «ya verás cuando lleguen los hijos: solo trabajar y trabajar para sacarlos adelante».

Por lo vacío que estaba el pueblo y por el ruido de risas y voces fuertes que llegaban desde la taberna dedujo que era de los últimos en sumarse a la jarana. Taponaba la entrada al local un pequeño grupo, formado por tres o cuatro soldados del castillo militar, emplazado a una legua del pueblo, que conversaban animadamente con los alguaciles del Ayuntamiento y con dos jóvenes guardias civiles ante la puerta abierta.

Lorién logró acceder a un cuarto no más grande que la sala de su casa y que apestaba a vino, humedad, humo de velas, tabaco y sudor. Miró hacia arriba por costumbre: en

ningún otro sitio que conociera, ni en las cuadras más abandonadas, había visto las ristras de telarañas que colgaban como cortinajes raídos entre las carcomidas vigas que artesonaban el techo. Saludó al grueso tabernero que, sofocado, llenaba de vino dos jarras de barro a las que colocó luego sendas tapas de madera; las puso en una tabla sobre caballetes que separaba los toneles de los clientes, se quitó el lápiz de detrás de la oreja, anotó el pedido en un papel que guardaba en el bolsillo del mandil y procedió a rellenar otras dos jarras. El hombre no daba abasto, de tanta concurrencia y de la rapidez con la que los jóvenes bebían.

El muchacho llegó hasta sus amigos, repartidos entre un banco de madera y varios taburetes alrededor de una mesa. Se quitó el gabán y aceptó un vaso de vino. Aunque lo jalearon para que se lo tomara de un trago si quería ponerse al mismo nivel de ebriedad que ellos, apenas tomó unos sorbos. Apreciaba el sabor, pero no solía abusar del vino porque no le gustaba la sensación de embotamiento.

De todos los jóvenes, su primo Miguel, hijo mayor de la hermana de su madre, casi tan alto como él pero más delgado, y con el mismo cabello oscuro de esa rama de la familia, era el que estaba más bebido.

Miguel se llevó el índice de la mano derecha hasta su rostro con intención de pedir silencio, pero el dedo acabó en el puente de la nariz.

—¿Alguno habéis visto a Lorién borracho alguna vez? —preguntó con voz pastosa—. Yo, no. —Bajó el tono como si confesase un gran secreto—. No le gusta perder el control. —Se dirigió directamente a su primo—: Pues insisto en que, para conocer la verdadera naturaleza de un hombre, hay que verlo con una curda al menos una vez en la vida.

—Tú, desde luego, no engañas —dijo Lorién, y los demás, incluido el aludido, corearon la broma con carcajadas.

Lorién deslizó la mirada por el local.

Estaban casi todos los jóvenes solteros de las casas, algún casado que no había abandonado la costumbre de dar una vuelta nocturna por la taberna y un par de viejos consumidos por la soledad y el vino tinto.

Reconoció a Baptiste, que observaba una partida de guiñote, y alzó el vaso para saludarlo. El joven le devolvió el saludo con una breve sonrisa y Lorién se le acercó. Era el único que lo llamaba por su nombre. Para todos los demás era «el Francés».

Baptiste, alto y recio, con cabello rizado, rostro cuadrado y nariz carnosa, había aparecido hacía unos diez meses por el pueblo dispuesto a trabajar en lo que fuera a cambio de alimento y un lugar donde extender su manta. Un joven matrimonio con media docena de hijos y poco tiempo para sacar adelante la faena de la tierra y del ganado se apiadó de él. Al poco, padres e hijos lucían más saludables. Baptiste valía para todo y era fuerte como un buey: igual labraba para sembrar patatas que atendía el parto más difícil de una vaca o dirigía la cocina durante la matanza del cerdo. Lo único que no hacía era hablar de su procedencia ni de las razones por las que había recalado en ese lugar del Pirineo español. Por su nombre y forma de hablar estaba claro que era francés; por su expresión seria y con frecuencia nostálgica, que había sufrido.

Lorién pensaba que, después de casi un año, ya era hora de que dejaran el apodo y lo aceptasen como un vecino más, pero los montañeses eran desconfiados. Especulaban sobre qué podía haber hecho para huir de su tierra y las conclusiones se reducían a tres, y ninguna buena: o era un desertor del ejército; o partidario del rey francés

exiliado y, por tanto, contrario a la joven Segunda República francesa surgida de la insurrección popular de febrero; o un prófugo de la justicia por ladrón o asesino.

Las dos primeras razones no le parecían a Lorién de peso para recelar de alguien, porque había decisiones en la vida que dependían más de las circunstancias que de la voluntad; en cuanto a la tercera, ningún desalmado hubiera ayudado a esa pobre familia a salir adelante como lo había hecho Baptiste. Le caía bien porque era trabajador, franco y de conversación inteligente. Sabía de historia y geografía. Le había enseñado unos magníficos mapas del mundo y, aunque ni lo negaba ni lo admitía, todo apuntaba a que había viajado mucho.

Para no molestar a los jugadores, ambos se alejaron un par de pasos para conversar.

—¿Qué le pides al año nuevo? —le preguntó Baptiste.

—Lo de siempre, salud y dinero —respondió sin dudar—. Este año será especial, porque me casaré en primavera.

—¡Igual tengo yo la misma suerte!

Lorién sabía que Baptiste había traído algo de dinero —prudente, había preferido trabajar para no gastar lo ahorrado hasta decidir si se quedaba en Pasolobino— y que quería comprar una pequeña casa con tierras que se vendía porque había quedado sin herederos. Lo que no sabía era que tuviera intención de casarse tan pronto. Eso quería decir que había encontrado el lugar en el que echar raíces.

—¿Has puesto los ojos en alguien?

Baptiste asintió, con un brillo de ilusión en la mirada.

—Ponciana, la que trabaja en casa de Marot. Y soy correspondido.

Lorién apenas pudo disimular su sorpresa. Debían de haber sido muy discretos, si Marot no le había dicho

nada. Ponciana era una chica de casa pobre, pero tan diligente y resolutiva que mejoraría cualquier patrimonio. Su primo Miguel llevaba tras ella más de un año, pero la guapa muchacha no acababa de decidirse, algo que se comentaba por el pueblo con incredulidad, pues para ella y su familia la unión con Miguel sería muy ventajosa en términos económicos. Por lo que le estaba contando Baptiste, la razón estaba clara: se había enamorado del francés. Cuando esa relación llegara a oídos del resto, causaría un gran revuelo; y, acostumbrado a salirse con la suya, Miguel no se lo tomaría nada bien...

Miró a su primo y descubrió que no les quitaba ojo de encima, con evidente expresión de enfado. Sospeché que ya lo sabía, luego muy discreta no había sido la pareja, o alguien se había ido de la lengua.

Miguel se les acercó y se encaró con Baptiste:

—¿Qué cojones haces tú aquí? —Para dejar claro que ese «aquí» significaba no solo la taberna, sino el pueblo, el valle, la comarca, la región y el país, añadió—: ¿No hay mujeres en tu tierra que tienes que venir a molestar a las nuestras?

Lorién apoyó con firmeza una mano en el antebrazo de su primo, consciente de que cualquier gesto de Baptiste, por sutil que fuera, le serviría de excusa para que se abalanzara sobre él. Miguel se zafó del contacto y le dio varios golpecitos en el pecho a Lorién mientras le decía:

—Y tú, ¿a santo de qué tienes tratos con este?

—¿Y a ti qué te importa?

—Tu amistad le ha venido muy bien para ganar puntos ante Ponciana.

Baptiste dejó el vaso en la tabla junto con unas monedas y se dirigió a la puerta. Sin dudarlo, Miguel salió tras él.

Lorién cogió su gabán del banco y los siguió. Lamentó enseguida que el grupo de militares enfilara calle abajo en

dirección contraria, probablemente hacia la otra taberna. Su presencia habría aplacado a Miguel, que ya iba gritando:

—¡Eh! ¡A mí me respondes! ¿Me oyes?

Baptiste no se detuvo y Miguel le dio un empujón que casi lo tiró al suelo. Sin volver la vista atrás, el francés apretó el paso y tomó un callejón por el que apenas cabía un hombre. El segundo envite del despechado no tardó en llegar.

Tampoco ahora reaccionó el otro.

—¡Déjalo en paz! —gritó Lorién.

Miguel esperó a llegar a una plazuela para situarse frente a su rival y obligarlo a detenerse ante una artesa cincelada en piedra donde se acumulaba el agua de la lluvia para que abrevara el ganado, y que ahora estaba vacía.

Durante unos instantes en los que solo se oyó la respiración acelerada de los hombres, Miguel observó al causante de su odio: le sacaba una cabeza y era mucho más voluminoso, pero el lenguaje corporal —la cabeza ligeramente agachada, los puños cerrados pegados a los muslos— indicaba su renuencia a pelear. A ese cobarde prefería Ponciana, pensó.

—No quiero problemas —murmuró Baptiste.

—Pero los has traído.

Sin mediar más palabra, Miguel le asestó un puñetazo en el estómago. Un breve quejido de dolor salió de los labios del otro, que, no obstante, permaneció inmóvil, en una actitud que parecía mostrar que estaba dispuesto a soportar los golpes que hicieran falta hasta que el otro se cansase.

—¡Miguel! ¡Basta ya! —Lorién lo sujetó por detrás para evitar el segundo puñetazo.

Miguel se revolvió hasta que consiguió liberarse y entonces dirigió su ira hacia su primo. Como un loco comenzó a golpearlo con todas sus fuerzas en la cabeza, en el pecho, en los brazos.

Lorién apenas podía protegerse; era mucho más fuerte, pero no alzaría los puños contra él. Tenía que conseguir que se calmara. Gritó su nombre varias veces para ver si su voz se abría camino por algún rincón de su cerebro que no estuviera empapado de alcohol.

Sin embargo, Miguel no se detenía.

—¡Parad ya! —oyó Lorién que gritaban sus amigos a unos pasos; habrían salido de la taberna alertados por la trifulca.

Harto de los puñetazos y de la absurda situación, Lorién apoyó por fin las palmas en el pecho de su primo y aplicó la fuerza necesaria para separarlo de él. Miguel se tambaleó, dio un paso hacia atrás para recuperar el equilibrio, mas no lo logró. Al caer, la nuca impactó contra el canto del abrevadero.

Fue un golpe seco y pesado; un sonido que se quedaría grabado para siempre en la mente de Lorién. Similar al de la maza del albañil sobre una piedra sin labrar, o al del hacha sobre el tronco viejo, o al del postigo estampado contra la pared por el impulso del viento; pero con el matiz del dolor insoportable e inolvidable que impregnó su alma.

Se arrodilló junto al cuerpo de su primo. Una mancha de sangre en el suelo le aureolaba la cabeza. Espantado e incrédulo, gritó su nombre. Apoyó la oreja en el pecho y le palpó el cuello y las muñecas en busca de signos de vida.

—Voy por el médico —gritó una voz que le sonó lejana, irreal.

Nada se podía hacer ya. Lorién lo supo al momento: en ese cuerpo no había vida. Su primo había muerto desnucado, como un conejo tras el golpe certero de un puño diestro. Desesperado, le echó la culpa mentalmente. Por beber demasiado y buscar la gresca. Por dejarse llevar por los celos.

Pero él lo había empujado. Él lo había matado.

«Ha sido un accidente», murmuró, aturdido por la visión de la sangre de Miguel en su camisa, en su chaleco, en el gabán con que lo cubrió, en sus botas nuevas. «Ha muerto. En un segundo. ¿Qué probabilidades había de que se golpeará fatalmente contra esa piedra?».

«Ha sido un accidente», oyó Lorién que repetía una y otra vez con su acento francés Baptiste al médico, a los amigos y a la Guardia Civil, a quien alguien habría avisado.

De repente, desde las ventanas de las casas llegaron los gritos de alegría de quienes celebraban en familia que ya eran las doce. Que terminaba un año y comenzaba otro nuevo.

1849.

Todos se deseaban lo mejor para ese año que suplantaba al que hasta hacía un instante se recordaría por el buen tiempo y la abundante cosecha y que ahora pasaría a la historia local como el año en que Lorién mató a su primo hermano.